



VOL: AÑO 5, NUMERO 13

FECHA: MAYO-AGOSTO 1990

TEMA: CRISIS AGRICOLA Y POLITICAS DE MODERNIZACION

TITULO: **Los dilemas de la reconversión agrícola en América Latina**

AUTOR: *Magda Fritscher* [\*]

SECCION: Artículos

## RESUMEN:

Hacia fines de la séptima década la agricultura latinoamericana transitaría por nuevos senderos, imponiéndose su modernización como meta central. Ello enfrentaría las sociedades rurales a profundos reacomodos en lo productivo y lo social, a la vez que a reajustes en el carácter de su inserción en el escenario nacional e internacional. Los años ochenta a su vez, con su secuela de crisis y austeridad, tenderían a detener el ascenso modernizante, apuntando hacia desenlaces menos promisorios.

Este artículo busca dar cuenta de los complejos fenómenos de modernización y crisis acaecidos en las últimas dos décadas en el campo latinoamericana.

## ABSTRACT:

América Latina: The dilemmas of agricultural transformations.

At the end of the 1970's, latinoamerican agriculture experimented important changes, with modernization as a central aim. This fact placed rural societies into a process of deep transformation in areas such as production and social development. But also brought adjustments in the national and international context. The 1980's with crisis and austerity as main characteristics, would stop the modernization tendency, pointing out less promissory conclusions.

## TEXTO

### 1. Introducción

Desde fines de los años 60 se observa una profunda reestructuración productiva en el agro latinoamericano. Las antiguas prácticas extensivas dan lugar a la modernización de los procesos productivos a la vez que las arcaicas relaciones propias del latifundio son desterradas y substituidas por otras, más acordes con la conducta empresarial. La estructura de cultivos cambia y pasa a incorporar los plantíos forrajeros, de escasa tradición en la región. Ello se da con vistas a alimentar las recién creadas agroindustrias, dirigidas hacia el complejo productor de carnes y derivados. El sector exportador es apuntalado y en un movimiento inverso, decaen los cultivos alimentarios, abriendo paso a las importaciones norteamericanas. Todo ello lleva a un dramático reordenamiento de la sociedad rural latinoamericana, apuntando hacia nuevas jerarquías y desplazamientos. El estado, a su vez, modifica sus roles y apoyado por lo recursos externos, pasa a actuar como verdadero conductor del proceso modernizante.

Esta profunda reconversión del campo latinoamericano emana de un contexto agroalimentario mundial modificado, en donde Estados Unidos ejerce una incuestionable hegemonía. Es por ello que cuenta con el aval del sistema financiero internacional, cuyos recursos fluyen sin obstáculos a la región con el fin de cubrir los elevados costos de la modernización agrícola.

Los años 80, a su vez, con su secuela de crisis, ajustes y austeridad, introducen nuevas variables al modelo descrito. La crisis que se abate sobre el subcontinente afecta intensamente al agro. El flujo crediticio se interrumpe, a la vez que las políticas restrictivas ponen término al expansionismo anterior. Ello induce al abandono de las prácticas modernizantes, con un menor uso de insumos industriales en los procesos productivos, lo que permite rescatar espacios para aquellos cultivos menos tecnificados. Así también el modelo alimentario basado en la proteína animal retrocede fuertemente, dada la caída en la capacidad de consumo de la población. La dependencia alimentaria tiende a su vez a reducirse ante la escasez de divisas, lo que en algunos casos alienta la producción interna de alimentos. Todo ello provocaría nuevos reacomodos en los distintos ámbitos de la sociedad rural latinoamericana.

Nuestro trabajo buscará apuntar a algunos de los rasgos más generales de esta compleja trayectoria. Si bien cada país vivió la transformación en forma específica, según sus recursos y capacidades, no podremos referirnos a esta amplia gama de experiencias. Destacaremos sin embargo, así sea brevemente, los ejemplos que consideramos más representativos de la región en lo que se refiere a la problemática en estudio.

## 2. Las razones del cambio tecnológico

La modernización del agro latinoamericano es un fenómeno reciente, que a excepción del caso mexicano, empieza en los años 60 y se consolida una década más tarde. En contraste con experiencias de otras zonas periféricas, como las asiáticas -en donde se observan intentos previos de tecnificación-, los países latinoamericanos en su aplastante mayoría mantienen hasta la séptima década agriculturas extensivas, cuyo crecimiento se debe sobre todo a la permanente incorporación de fronteras. El inmenso territorio de algunas naciones, así como la abundancia regional de mano de obra, avalan hasta fechas recientes esta trayectoria de expansión horizontal. En combinación con esta vía se detecta hasta los años 60 un sistema propietario excluyente, asentado sobre prácticas rentísticas de dándole precapitalista y con escasa disposición para el cambio técnico.

México es el único caso que rompe tempranamente con esta estructura, configurando un sistema de propiedad distinto, que si bien no se caracteriza por su equidad, convierte a la agricultura en una rama más permeable a la modernización. Desde fines de los años 40, la preocupación por incorporar la revolución verde a los cultivos básicos es una constante gubernamental.

Hacia principios de los años 60 la vía extensiva emprendida por la agricultura latinoamericana empezaría a poner de manifiesto una progresiva incapacidad para responder a los requerimientos alimentarios de sociedades que para entonces ya eran preponderantemente urbanas. De otra parte, las exportaciones agropecuarias tendían, desde fines de la guerra de Corea, a enfrentar un dramático proceso recesivo, dado el movimiento de desvalorización de los bienes primarios en el mercado mundial. Hacia la 2a. mitad de la década, el PIB agropecuario descendería del 4 al 2.8%, dificultando la continuidad del crecimiento económico de la región. (Arroyo, 1985:18)

Ante ello, distintas corrientes políticas nacionales, organizaciones regionales, como la OEA, la CEPAL y el ILPES e internacionales, como la FAO, el BID y otros, preocupadas

por los dilemas del desarrollo latinoamericano, apuntaban al dualismo estructural como el principal obstáculo para un crecimiento económico y social equilibrado. Las sociedades rurales debían crecer en igual forma que sus homólogas urbanas, asimilando el cambio técnico y la modernidad. A ello se oponía, sin embargo un sistema propietario resistente al cambio productivo y social, por lo cual debería ser eliminado. A partir de entonces el reparto agrario se convertiría en bandera política en casi toda la región, camino por el cual transitaban varios países, destacándose por su profundidad las reformas de Chile y Perú. Sin embargo, países como Brasil y Argentina emprenderían la tecnificación de sus agriculturas, sin alteraciones en el sistema propietario, demostrando no sólo la viabilidad de una estrategia de modernización conservadora, como su trayectoria exitosa en años posteriores.

Este breve recuento explica la amplia receptividad con que a fines de la séptima década fueron acogidas en América Latina las tecnologías externas inductoras de la revolución agrícola, mismas que en este momento iniciaban su trayectoria expansiva.

Hacia fines de los años 60 el aparato productivo-tecnológico norteamericano vinculado con la producción de insumos había incrementado fuertemente su capacidad y requería ampliar mercados. A partir de 1977 los fertilizantes enfrentaban una situación de sobreproducción y precios en descenso, resultado de innovaciones tecnológicas y fuertes incrementos en la planta productiva. Con respecto a las semillas, su trayectoria expansiva se hace más notoria, cuando hacia 1970 las grandes empresas químico-farmacéuticas se apropiaban de la rama, disolviendo su componente eminentemente familiar. Los tractores, a su vez, ya desde la década de los años 40 poseían una estructura oligopólica, lo que favoreció un itinerario exportador previo, detectándose flujos comerciales hacia el exterior desde los años 50.

En muchos casos la dinámica expansiva de estas ramas hacia América Latina adquirió la forma de exportación de mercancías. En otros, sin embargo, en donde la industrialización había avanzado más, se registró la modalidad de implantación de núcleos productores, en la búsqueda por constituir una oferta interna de insumos y equipo. Los nuevos consorcios, al operar en el marco de la industrialización substitutiva, bajo mercados fuertemente protegidos, maximizaban su rentabilidad, lo que no siempre fue favorable para las economías receptoras. En los años 80, al cambiar el modelo económico de la región, se comprobarían fuertes diferenciales de productividad entre las filiales y sus empresas matrices, situación que dañaba los intereses de las regiones cautivas en donde se habían instalado.

Los países en donde más se desarrolló la industria substitutiva de insumos y equipo fueron Brasil, Argentina y México. Mientras que los dos primeros alcanzaron con rapidez la autosuficiencia en tractores, su desarrollo de insumos fue más débil. Los coeficientes de dependencia en fertilizantes y pesticidas, eran, hacia fines de los años 70, elevados. México, al revés, por estos años se acercaba al autoabasto en insumos no así en maquinaria, pese al considerable impulso que se le imprimió a esta rama en la octava década. (Fritscher, 1987:32-56).

Conocido es el hecho de que la revolución verde hacia la periferia contó con el fuerte apoyo de la banca internacional, en particular de aquellas agencias más vinculadas con los intereses económicos norteamericanos. Créditos blandos, a veces con tasas de interés negativas y de lenta amortización, favorecieron a empresas externas y a sectores nacionales comprometidos con la incorporación de la revolución verde. Hacia fines de 1970 el Banco Mundial proyectaba extender los beneficios de la tecnificación a 100 millones de campesinos pobres (Feder, 1976:797), propuesta que independientemente de

su encuadre populista y demagógico, expresaba la intención de crear una demanda inagotable para los insumos agrícolas norteamericanos.

Según lo visto, la modernización de la agricultura latinoamericana es un fenómeno fuertemente ligado a intereses exógenos, si bien hubo razones internas para su implantación. La tecnología adoptada es casi enteramente externa, dependiendo sus avances de los ciclos productivos de las empresas matrices y de otros condicionantes de orden económico-financiero internacional. Ello imprimiría una vulnerabilidad al nuevo modelo, situación que se pondría de manifiesto en años recientes.

### 3. La modernización: políticas y consecuencias

Apuntábamos con anterioridad que durante el lapso de fines de los años 50 y principios de la siguiente década, el vasto sector rural latinoamericano enfrentaba una severa crisis. Los beneficios derivados de rentas diferenciales y ventajas comparativas tendían a desaparecer ante la concurrencia de productos tecnificados desde Estados Unidos y el surgimiento de nuevos competidores en el seno del mercado mundial. Los precios internacionales castigaban a los exportadores agropecuarios de la región, a la vez que las políticas macroeconómicas internas desprotegían el sector, al mantener las monedas sobrevaloradas. Los productores internos de alimentos, a su vez, enfrentaban situaciones difíciles, con pocos estímulos para crecer, más cuando se les sometía a fuerte competencia ante las primeras importaciones del trigo norteamericano. En estas condiciones, el cambio técnico se hacía imposible. Los altos costos de los insumos importados significaban riesgos a la rentabilidad, sobre todo en la medida en que los precios finales no crecían y los resultados productivos eran imprevisibles. Estudios hechos para Brasil y Argentina comprueban esta situación de precio costo desfavorable, así como la precaria disposición de parte de los productores por la introducción de insumos. (Miller de Paiva, 1969:184).

Hacia mediados de los años 60, sin cambiar las orientaciones macroeconómicas básicas de protección a la industria, empiezan a tomar forma mecanismos compensatorios para el sector agropecuario, viabilizados por las nuevas orientaciones internacionales. Ello consistía en el establecimiento de medidas de orden financiero encaminadas a incrementar fuertemente el crédito, promover la adopción del paquete tecnológico y a la vez garantizar una alta cuota de rentabilidad para los productores. Como componente básico de las nuevas estrategias, surgía la práctica del subsidio, que intensificándose en los años 70, persistiría hasta las reformas financieras de nuestra década.

Apoyados por la banca internacional, los gobiernos buscarían dirigir sus recursos hacia aquellos productores con mayor capacidad productiva. Fue así como la Pampa argentina pudo mecanizarse totalmente durante los años 60, volviendo a la actividad agrícola después de la grave recesión acaecida durante las dos décadas precedentes. En este país, el subsidio a la mecanización alcanzaría un promedio de 30.5% sobre el valor nominal de los tractores en los primeros años: en la década de los 70s, esta proporción se duplicaría. (Sábato, 1986:91). Estudios sobre el caso brasileño nos indican que junto con un extraordinario crecimiento en el monto del crédito rural -que en algunos años superó el valor total producido por el sector-, la subvención crediticia fue extremadamente alta, alcanzando en 1979 un 33.4%, lo que equivalió en este año al 29% del PIB sectorial. (Brignol Méndez, 1987:44-45). En México se observaría un fenómeno similar, con tasas de crecimiento medio anual del crédito del 23% anual entre 1970 y 1975. (Castell y Rello, 1977:148). A la vez, entre 1970 y 1981, el subsidio crecería a tasas anuales del 12%, pasando su equivalencia con respecto al PIB sectorial del 10 al 27%. (Rello, 1989:9).

Esta política fuertemente expansiva, basada en el crédito y enormes transferencias constituyó el instrumento principal para la reconversión productiva del campo latinoamericano. A partir de entonces y sobre todo durante la década de 1970, la región se convertiría en un enorme mercado para los insumos y equipos agrícolas. Así, por ejemplo, el consumo de fertilizantes se incrementaría de 2,905,700 a 7,486,795 toneladas, destacándose los casos de Brasil y México por la mayor absorción de estos bienes. El parque de tractores, a su vez, crecería de 472 mil en 1960 a 1,045 mil hacia fines de 1970, disminuyendo la superficie cultivada por unidad de 382 a 69 has. (FAO, 1988b:21). El consumo de otros bienes, como semillas y pesticidas, sigue tendencias similares, contrastando con años anteriores, cuando, a excepción de México, su uso era insignificante.

Asimismo durante los años 70 las importaciones de insumos y equipos se incrementaron fuertemente, poniendo a descubierto que pese al avance en la implantación de industrias proveedoras locales, la región se encontraba aún lejos de la autosuficiencia. En Brasil, por ejemplo, en donde se registró un importante avance industrial en estos rubros, hacia 1982, las importaciones de medios de producción para la agricultura superaron la suma de 1,300 millones de dólares (Delgado, 1985:25), lo que equivalía aproximadamente a 8% del valor agropecuario exportado. En países menores, sin embargo, el costo proporcional era mucho más elevado. Así en Bolivia, en 1981, las importaciones de fertilizantes, pesticidas y maquinaria correspondieron al 71% del valor sectorial exportado; en Chile al 30%; en Nicaragua, al 18% y el Trinidad-Tobago al 29.7%. México, país con un indudable liderazgo histórico en la producción de estos bienes, debió aportar para las mismas fechas un 30% de sus divisas en importaciones por este concepto. (FAO, 1984:334-338). Todo esto ponía de manifiesto los altos costos que conllevaba la modernización agrícola. Años más tarde, al restringirse las políticas expansionistas sostenidas por los recursos internacionales, la industrialización agrícola sería bruscamente frenada.

La difusión del progreso tecnológico fue selectiva y desigual. Los créditos eran suministrados a los productores viables, con recursos y capacidad productiva para afrontar el cambio técnico. En el caso de la Pampa, dado el enorme potencial productivo de sus tierras, los créditos alcanzaron también a pequeños y medianos productores, que tendieron a sobretecnificarse. En Brasil, al revés tan sólo el 30% de los productores fue beneficiado. En México, durante el período echeverrista y la vigencia del SAM, las estrategias gubernamentales buscaron la reconversión de zonas campesinas tradicionales, elevándose fuertemente el número de beneficiarios del crédito rural. Sin embargo, la respuesta productiva procedió fundamentalmente de los estratos con mayor capacidad productiva y mejor ubicación.

Los sectores que quedaron al margen de las nuevas estrategias sufrieron un violento proceso de pauperización, ya que ante precios máximos y sin acceso a créditos y subsidios, no pudieron mantener el ritmo productivo anterior: en muchos casos debieron retirarse de los mercados, en otros emigrar. A ello se agrega el hecho de que el empleo sectorial de la región creció muy lentamente, debido a factores como la mecanización y el cambio de cultivos. Los indicadores registran para la década un crecimiento de tan sólo 0.8% anual en este rubro, (CEPAL,1988:41) constituyendo las zonas campesinas y las empresas que por la naturaleza de sus procesos productivos son intensivas en mano de obra, los lugares en donde ocurrió esta absorción. De ello resulta una fuerte disminución de la PEA rural de la región entre 1970 y 1980: de 47.8% al 32.1% (FAO, 1988b:11).

#### 4. Alteraciones en el cuadro productivo y el consumo

En forma simultánea a la difusión del cambio técnico, tiene lugar en la agricultura latinoamericana una reestructuración de cultivos, que privilegia los plantíos forrajeros,

prácticamente ausentes de la región hasta entonces. Ello respondía en primera instancia a la necesidad de abastecer los complejos agroindustriales vinculados con la producción de carnes y derivados, de reciente difusión local. La industria avícola y en menor escala la porcina, se desarrollarían con celeridad, aprovechando los estímulos que brindaban los mercados urbanos en expansión, los subsidios gubernamentales y los bajos costos de producción. Se impone a partir de entonces el establecimiento de enlaces productivos hacia atrás, en la búsqueda de una provisión oportuna y menos costosa de insumos. Las nuevas producciones, altamente tecnificadas, cuentan con el apoyo gubernamental, así como con el de los organismos internacionales, preocupados desde los años 50 por la escasa oferta de proteína animal en las dietas de la región. Asimismo los nuevos cultivos son de fácil adaptabilidad tecnológica, diferenciándose de producciones como el trigo y el maíz, que exigían largos procesos de experimentación. Ello alienta su difusión sobre todo de parte de las empresas semilleras. Por otro lado, las perspectivas alentadoras de estos productos en el mercado internacional en términos de demanda y precios, constituyeron también un factor poderoso para su implementación en la región, deseosa de invertir los términos de su desfavorable inserción externa. Un último argumento en favor de los cambios en la estructura de los cultivos se refería a la amplia disponibilidad de cereales en el mercado internacional, en especial de trigo, que por su bajo costo podía ser importado, en vez de producirse internamente. Con ello se abrían espacios para la sustitución de alimentos por forrajes. Los productos nativos como el maíz, el frijol, la yuca, las raíces y tubérculos, a su vez, quedarían marginados dentro del nuevo modelo, carentes de créditos y demás apoyos gubernamentales. Sus productores tuvieron que emigrar, estableciéndose en regiones de menor fertilidad y ubicación desfavorable. Es por ello que durante los años 70 estos cultivos acusan fuertes regresiones en rendimientos y producción.

La soya es el producto de mayor expansión en la región, creciendo su capacidad productiva en 20 millones de toneladas entre los años 1960 y 1980. Su principal productor es Brasil, seguido por Argentina y de lejos por Paraguay. El segundo producto en expansión es el sorgo, que incorpora durante el mismo lapso un volumen de 14.4 millones de toneladas, sobresaliendo la producción argentina y la mexicana. En ambos productos, la participación regional en el mercado internacional sería importante. En contraste, el trigo crece lentamente, agregando 6.8 millones de toneladas en el mismo lapso. Si excluimos a Argentina, tradicional productor de cereal, la tasa de crecimiento anual de este producto sería de tan sólo 0.5% al año (CEPAL, 1988:656). Hacia 1980 las importaciones latinoamericanas correspondían a 23.2 millones de toneladas, habiéndose convertido la región en uno de los mercados más importantes para la producción norteamericana. (FAO, 1982 y 1983). El maíz, a su vez, componente importante de las dietas locales, sería utilizado también como insumo forrajero por las industrias de alimentos balanceados de la región. Por ello algunos países se convertirían en importadores, destacándose el caso mexicano por sus altos coeficientes de dependencia en este rubro.

Con respecto a los productos nativos, de escasa circulación internacional, como el frijol y la yuca, su crecimiento fue débil o aún regresivo. Entre 1969-71 y 1979 los incrementos anuales fueron de 1.1 y -0.45% respectivamente. La papa, a su vez, componente importante de la dieta de los pueblos andinos, crecería sólo en 1.5% anual (Arroyo, 1985: 98). Ello llevaría a que muchos de estos productos fueran desapareciendo paulatinamente de las canastas de consumo de la región, en un proceso conducente a alterar el perfil alimentario local. Este fenómeno se haría más notorio en las ciudades en donde el trigo importado, el azúcar, la carne y derivados tenderían a substituir los productos de mayor arraigo y tradición. Cabe agregar que si bien se incrementa el ámbito del consumo de la carne a nivel urbano este producto estaría vedado a los consumidores que representan el 20% más pobre de la población, (Arroyo, 1985:100). De otra parte también se observa el

bajo nivel de consumo protéico per cápita en aquellos países que a últimas fechas más desarrollaron sus hatos bovinos, en particular los centroamericanos. En esta región, como en muchas otras, el objetivo fundamental de los cambios productivos sería la obtención de divisas y poco intervendrían las consideraciones respecto a la situación alimentaria interna.

Los resultados generales en cuanto a consumo calórico y protéico per cápita entre 1970 y 1980 expresarían una diminuta variación. En lo relativo a calorías, la absorción diaria se elevaría de 2,412.13 a 2,515.3, en tanto que a proteínas, ésta ascendería de 62.9 a 66 gramos diarios, lo que para ambos componentes expresaba una mejoría de 0.4% anual (CEPAL, 1988:44). Este escaso aumento, sin embargo, ocultaría los fuertes desniveles en el acceso al consumo, dadas las desigualdades que imperan en el terreno de la distribución del ingreso. Así la FAO acusaría para la región un incremento en los niveles de desnutrición durante los años 70.

Cabe mencionar finalmente el impacto diferencial del nuevo modelo sobre las diferentes economías. En tanto Brasil y Argentina se convertían en grandes exportadores de productos forrajeros, México, pese a ocupar un lugar importante entre los productores mundiales de sorgo, sería incapaz de responder íntegramente a la demanda interna, debiendo recurrir a fuertes importaciones. Para los países sureños la producción de los rubros 'dinámicos' llevaba a un enriquecimiento en divisas; para México, en cambio, era factor de pérdidas. Gracias a sus enormes recursos territoriales, Brasil lograría convertirse en el segundo productor mundial de soya, alimentar sus agroindustrias y el mercado interno y aún abastecer el mercado mundial de productos cárnicos, como el pollo y el huevo. En México, observamos el cuadro inverso: la producción forrajera desplaza a los productos básicos, a la vez que crea dependencia externa en ambos rubros. Las escasas fronteras agrícolas y su bajo nivel potencial no permiten la autosuficiencia en maíz ni en sorgo. A la vez el limitado dinamismo del sector exportador agropecuario durante los años 70, en contraste con los elevados requerimientos de abasto externo, conduce a saldo negativos, situación inimaginable en años anteriores, cuando la agricultura financiaba las importaciones industriales. México configura así el caso más dramático de la región en lo que se refiere a la dependencia alimentaria: a la fecha constituye el mayor importador neto de productos agropecuario de América latina. (CEPAL, 1989:460). En Argentina, a su vez, la dicotomía alimentos-forrajes no se produciría. La amplitud de su territorio agrícola permitiría la coexistencia de ambos tipos de cultivos, tanto para el mercado interno como el externo. Además la oferta de carne vacuna tendería a mantenerse elevada, lo que dejaba a los otros rubros cárnicos espacios muy limitados: de ahí que la producción forrajera era casi íntegramente exportada.

Otros países como Perú, Venezuela y Ecuador, también configuran un cuadro crítico -similar al mexicano- al deber importar tanto alimentos como forrajes para alimentar sus actividades avícolas. En Chile el componente forrajero en la estructura de cultivos es casi nulo, en gran medida debido a la escasa presencia de agroindustrias cárnicas. Pese a ello, sin embargo, durante los años 70, en consecuencia de las políticas neo-liberales, el país amplió enormemente su coeficiente de dependencia alimentaria.

## 5. Hacia una nueva inserción externa

La reconversión productivo-tecnológica del agro latinoamericano apuntaba también hacia cambios en el carácter de su inserción en el mercado mundial de bienes agropecuarios. Hacia fines de los años 50, el sector exportador de la región había sufrido los efectos negativos de un proceso de reordenamiento agrícola a nivel internacional, que al conformar nuevas jerarquías, tendía a marginar los productos latinoamericanos como el café, el cacao, el algodón, el tabaco, etc. Asimismo regiones de clima templado como la

Pampa argentina, que hasta los años 30 había provisto a Europa de cereales y carne, se vieron fuertemente desplazadas por los Estados Unidos, país que gracias a los efectos de la revolución agrícola durante la etapa bélica, pasarla a regir los destinos alimentarios del mundo capitalista. Ello creaba fuertes dilemas para las economías cuyo desarrollo dependería en mayor o menor medida del sector exportador. De ahí que tanto el cambio técnico, como la reestructuración de cultivos, se forjaron en gran parte en base a expectativas respecto de una inserción más favorable de los sectores exportadores dedicados al agro en el mercado internacional. Las estrategias integracionistas de la dictadura militar brasileña, luego de su toma de posesión en 1964, eran muy explícitas en este sentido: en tan sólo pocos años, la plataforma agrícola exportadora de este país cambiaría drásticamente, dejando tras sí el histórico período de hegemonía cafetalera, para abrirse a los productos de mayor impacto en el mercado mundial. En Argentina el proceso fue más lento, culminando hacia fines de los años 70 con una exitosa reconquista de su condición exportadora. Su oferta era amplia y diversificada, incluyendo el maíz, el frijol, el sorgo, la soya, el girasol y la carne.

Ambos países, en un desafío a las teorías de especialización productiva y ventajas comparativas -que adjudicaban a Estados Unidos el rol de abastecer el mundo en los rubros de alimentos y forrajes-, se transformarían en competidores del mismo. Durante los años 70, la conversión de la Unión Soviética y de los demás países socialistas en demandantes de cereales y en menor escala de forrajes, conllevaría una fuerte alza en los precios alimentarios, alentando la producción en ambos países. Al finalizar los años 70 sus exportaciones correspondían al 50% del valor agrícola exportado por la totalidad del subcontinente. Brasil se convertiría a principios de nuestra década en el segundo exportador mundial de productos agrícolas, alcanzando hacia 1980 la cifra de 10 mil millones de dólares. Argentina le seguiría con un valor exportado superior a los 6,300 millones de dólares, favorecida por la súbita apertura del mercado soviético a sus productos, en consecuencia del embargo norteamericano impuesto a partir de 1979 a este país. Esta situación favorable tendría vigencia hasta 1984, a partir de cuando la batalla comercial entablada entre Estados Unidos y Europa por la conquista de mercados, llevaría a una baja catastrófica en los precios de alimentos y forrajes. A partir de entonces los sectores exportadores de ambos países se verían enfrentados a una nueva crisis.

Esta modalidad exportadora -competitiva con respecto a Norteamericano constituía sin embargo la única opción que se abría para el mundo agrícola latinoamericano. Otro tipo de producciones más ligadas con el factor complementaridad que competencia, serían estimuladas y recibidas con beneplácito, en especial por Estados Unidos. Dentro de esta línea se impondrían los productos hortigranjeros, frutícolas y el ganado.

Con respecto al primer rubro, destacarían países como México y Chile, con producciones destinadas a abastecer los mercados norteamericanos durante los meses en que debido a razones climatológicas la oferta interna era insuficiente. Con respecto al caso mexicano, las exportaciones eran más diversificadas, incluyendo ambos rubros. Este tipo de producción desarrollado en las tierras irrigadas del Noroeste desde los años 60, en un proceso de rápida sustitución de cultivos en decadencia como el algodón, constituyó a partir de entonces uno de los pilares del sector exportador del país. Chile, con una inserción más tardía, propia de fines de los años 70 y sobre todo de la década actual, se convertiría en el primer productor frutícola del Hemisferio Sur. Con un mercado más diversificado, que incluía también el continente europeo, en tan sólo algunos años elevaría fuertemente el componente agrícola en su oferta exportadora, mismo que hasta la fecha había sido casi inexistente. (Gómez y Echenique, 1988:299).

El ganado bovino, desarrollado en su forma extensiva, en regiones limítrofes o cercanas a USA sería otro producto de gran importancia en las exportaciones latinoamericanas.

Destinado a cubrir una parte de la oferta en el mercado norteamericano -la de carnes o derivados de menor costo- esta rama tendría un gran auge en los años 70s. Su carácter extensivo llevaba a la incorporación voraz de superficies, a través del desmonte, de la apropiación de áreas boscosas y de valles agrícolas: más de 56 millones de has. serían incorporadas entre 1961 y 1981 a la actividad ganadera en la región. En América Central ésta se apropiaría de casi toda la superficie agropecuaria, dejando pocos espacios para la agricultura y los alimentos. En México se registraría una inmensa expansión hacia los trópicos y fuerte crecimiento en los rebaños.

Se puede afirmar que parte importante de la superficie agropecuaria latinoamericana en la década de 1970 fue orientada hacia actividades de cuño exportador. Asimismo, según vimos, muchas de las superficies reconvertidas y modernizadas tuvieron este objetivo. Sin embargo, una mirada más detenida hacia la estructura de la oferta agropecuaria mundial nos indica que pese a este extraordinario dinamismo, la región siguió, como en los viejos tiempos, ocupando roles relativamente marginales en los mercados externos. Hacia fines de los años 70 la participación mundial en cereales era de tan sólo 7.4%, cuando en la cuarta década -gracias a Argentina- su aporte había sido hegemónico en maíz y muy importante en trigo. En oleaginosas, pese a su gran esfuerzo realizado, su contribución en 1978 era de tan sólo el 11%: hacia los años 80, esta participación crecería al 25%. En ganado vacuno alcanzaba hacia fines de la década, el 19%. Sin embargo, la participación latinoamericana era hegemónica en café, con el 56.5% de la oferta mundial, en plátanos con 77.3% y azúcar con el 48.4%. (Arroyo, 1985:89).

Así pese a los grandes esfuerzos realizados a nivel regional, la participación de América Latina en los mercados agrícolas internacionales en lo que se refiere a productos de mayor importancia, era relativamente secundaria. Ello era reflejo de la inmensa capacidad productiva norteamericana, así como de su dominio sobre los mercados respecto de los bienes dinámicos. Además indicaba también que Europa se había convertido en un gran mercado para las producciones excedentarias del país norteamericano, en contraste con tendencias históricas anteriores, que daban un lugar de importancia a América latina en este rubro. En consecuencia, a últimas fechas, varios países de la región debieron orientar sus esfuerzos en la búsqueda de nuevos mercados. Así se observa como la Unión Soviética, el Este Europeo, China y otros países asiáticos, empiezan a absorber cantidades creciente de productos latinoamericanos, en detrimento de sus antiguos clientes. El porcentaje de exportaciones de alimentos de la región a Europa del Este y la URSS crecería del 2.4% en 1955 al 22.9% en 1984, bajando la proporción de las compras efectuadas por los países capitalistas desarrollados del 86.3% al 59.6% en el mismo lapso. En lo relativo a materias primas, los países de Asia Sudoriental incrementarían sus adquisiciones del 0.6% al 7.7% entre 1955 y 1984. (FAO, 1988b:16).

Gracias al gran dinamismo verificado en el mercado internacional de bienes primarios durante los años 70, el valor exportado por la región crecería cuatro veces y media, pasando de 7,226 millones a 31,142 millones de dólares. Sin embargo, las importaciones alimentarias ascenderían en una proporción superior durante el mismo lapso. Si bien el saldo positivo de estas transacciones se incrementara en forma importante, las elevadas cifras relativas a importaciones constituían una severa advertencia de que la dependencia en este rubro había alcanzado índices jamás previstos anteriormente. Hacia fines de la década, el valor importado en alimentos por la región se acercaba a los 13,000 millones de dólares. (FAO, 1988b:18).

Durante los años 70 los riesgos de esta situación no fueron entendidos cabalmente. Las alzas en valor exportado, así como la disponibilidad de recursos externos, alentaban expectativas ficticias en torno a las posibilidades ilimitadas de desarrollo de la región.

## 6. Los costos del cambio agrícola

El modelo agropecuario desarrollado por América latina desde fines de los años 60, con sus indicadores exitosos en cuanto a rendimientos, modernización y obtención de divisas, parecía haber resuelto la problemática crítica a que se enfrentaba el sector en décadas anteriores. Sus resultados positivos ocultaban, sin embargo, fuertes contradicciones. En una primera instancia, la nueva modernidad se había construido sobre la base de un armazón financiero sumamente frágil. Los costos económicos derivados del gran monto de subsidios canalizados al sector rural eran elevados y sin lugar a dudas contribuyeron con una parcela no despreciable a incrementar la exagerada deuda acumulada por la región en el transcurso de estos años. Los gobiernos nacionales, a su vez, comprometidos con el proyecto modernizante, no pusieron límites en esfuerzos y erogaciones, por lo que hacia fines de la década los déficit presupuestales eran enormes. De otra parte, la compra externa de alimentos junto con su elevado costo significaba la creación de nuevos eslabones en la situación de dependencia de los países latinoamericanos. Lo mismo se puede decir con respecto de la cuestión tecnológica, que además de sumamente onerosa, reproducía en la región patrones productivos exógenos, sin generar innovaciones o desarrollos propios. Los efectos disruptores de todo ello sobre la sociedad rural, fueron intensos, llevando a la marginación de la gran mayoría de los productores, considerados como sujetos no comprometidos con el cambio técnico. Los altos índices de emigración a las ciudades con sus secuelas de pobreza y violencia son expresiones de esta nueva realidad. Finalmente el cambio productivo, así pretendiera enriquecer el contenido nutritivo de las dietas regionales mediante la incorporación de proteína animal, no alcanzó los objetivos propuestos, beneficiando exclusivamente a ciertos estratos sociales.

## 7. Los años 80: crisis y reajuste

En los años 80 el cuadro rural latinoamericano sufre modificación drásticas. La crisis que se desencadena en este período sobre los países de la región es la más grave desde los años 30. Ello obligaría a los gobiernos a afrontar una nueva política de desarrollo, que en sus directrices básicas tendería a substituir el modelo económico vigente desde varias décadas. El agro sería un sector profundamente afectado por las políticas de ajuste y austeridad, frenándose el impacto expansivo de los años 70. Otros factores aún, como los cambios en los mercados de exportación, concurrirían para imprimir un perfil rural distinto a nuestra década.

América latina había sido un receptor prioritario de los excedentes de capital del mundo desarrollado en los 70. Bajo el aliento de reducidas tasas de interés y de expectativas optimistas en torno a su capacidad exportadora, los préstamos fluyeron y se multiplicaron en el transcurso de la década. Hacia los años 80 esta situación se revierte: el financiamiento externo deja de acudir a la región, los intereses suben vertiginosamente y los precios de las materias primas tienden a la baja en circunstancias de recesión internacional. A partir de este momento se hace inevitable el abandono de las políticas fuertemente expansionistas de la década anterior. Se trataría de impulsar el ahorro interno, a través de ajustes drásticos en el gasto público y el crédito. Las importaciones deberían restringirse, a la vez que las exportaciones adquieren un carácter estratégico. Fuertes rupturas se plantean así con relación a las directrices del pasado reciente.

Durante los años 70 los gobiernos latinoamericanos habían buscado forjar un modelo agrícola dinámico y moderno, cuyo propósito era, junto con reacomodos internos en la producción y el consumo de alimentos, una mejoría en la inserción externa de las agriculturas regionales. Para ello, según vimos, fueron necesarias fuertes aportaciones financieras, parte de las cuales constituyeron transferencias gratuitas. Estos

procedimientos se utilizaban con el objeto de hacer atractivo a los productores el cambio tecnológico, pero también tenían como finalidad compensar a los sectores exportadores de políticas cambiarias desfavorables, como vimos anteriormente.

En los años 80 estas estrategias correctivas entran en crisis, dada la interrupción en el flujo de créditos y la cancelación del subsidio. Entre los años 1980 y 1984, el crédito a la agricultura acusaría una reducción del 65% aproximadamente. (FAO, 1988b:46). A la vez, a partir de 1983 los subsidios serían retirados, volviéndose positivas las tasas de interés, situación que para los casos de Argentina y Chile se remontarían a la época inicial de los experimentos neo-liberales de la pasada década. Sin embargo, la agricultura, por su histórico y potencial aporte en divisas, constituía un sector estratégico dentro del nuevo paquete económico, no pudiendo por lo tanto ser abandonada a su suerte. Es por ello, que a partir de 1983 los mecanismos devaluatorios adquieren gran importancia, en el intento por apuntalar los productores vinculados con la exportación. Por otro lado, los cambios en la paridad respondían también a la necesidad de poner un freno a las cuantiosas importaciones requeridas por el anterior modelo económico. Todo ello ejercería un fuerte impacto sobre la economía rural latinoamericana, al cambiar varios de los paradigmas establecidos en los años 70.

## 8. Nuevos dilemas para el comercio exterior

La década pasada se había caracterizado por un enorme dinamismo en el mercado internacional de bienes agropecuarios, acusando una gran elevación en la capacidad productiva de los países ofertantes, así como un fuerte incremento en los flujos interregionales. Ello se haría posible debido al ascenso sostenido de la demanda durante la década, en beneficio de los países productores, situación que tendría continuidad hasta los primeros años de la nueva década. Hacia 1985, sin embargo, una fuerte crisis de sobreproducción tendría lugar, llevando a bajas catastróficas en los precios de los bienes agropecuarios; Así, por ejemplo, entre 1984 y 1987 el trigo y la soya perderían casi el 50% de su valor; el cacao, el 40%, el café el 45% y el algodón el 30%. Los productos más afectados serían el maíz y el azúcar con pérdidas del 70% y 80% respectivamente. (FAO, 1988b:51). En este último caso, la desvalorización respondía a procesos substitutivos generados en Estados Unidos tendientes a substituir el edulcorante de la caña por el del maíz.

Distintos factores tuvieron que ver con esta verdadera catástrofe. En primera instancia, los fuertes incrementos en la capacidad productiva de los países desarrollados, en especial del continente europeo, que de cliente preferencial de Estados Unidos se convertiría sorpresivamente, en los años 80 en un poderío exportador de trigo, ganado y leche. A ello se añadían los efectos de los subsidios en precios pagados a los productores, con miras a protegerlos y estimular la oferta, situación implementada inicialmente en Europa y luego en Estados Unidos. Esta verdadera batalla comercial entre ambos contendientes llevaría a una baja adicional en los precios, eliminando a los demás países de la posibilidad de competencia. Con respecto a América Latina, las regiones más afectadas fueron aquellas que exportaban productos similares a los de las partes en pugna; en especial cereales y forrajes. Incapacitados de extender subsidios a sus productores, sufrirían los efectos de la nueva situación en condiciones de fuerte desventaja y desprotección. Argentina constituiría uno de los casos más dramáticos, sobre todo debido al hecho de que su sector exportador está constituido básicamente por productos agropecuarios. La baja en los precios de los productos 'dinámicos' tendría un efecto de arrastre sobre los demás, afectando a casi todos los bienes alimentarios exportados por América Latina. Ello se producía en un momento en que grandes expectativas se tejían en torno a las potencialidades del sector exportador. Así si bien las devaluaciones de 1983 producen efectos inmediatos positivos, éstos tendrían una corta duración. Según datos de la FAO,

pese a que el volumen exportador por la región creciera en 35%, su valor quedaría estancado entre 1980 y 1986. (FAO, 1988b:30). Cabe destacar la excepcionalidad del caso chileno, cuyas exportaciones frutícolas casi duplicaron en el período crítico: ello ocurría debido a que la fruta fue uno de los pocos productos con precios ascendentes en este lapso. (Gómez y Echenique, 1988:152-153).

Fue con respecto a las importaciones, sin embargo, en donde las políticas de ajuste obtuvieron su mayor éxito. El cambio en la paridad cambiaría encarecería fuertemente los productos externos, de tal forma a desestimular la práctica importadora y a la vez alentar su sustitución por producciones internas. Los saldos positivos en el comercio exterior latinoamericano durante este período, más que a las exportaciones, se debieron al descenso en el valor importado. Conforme vimos anteriormente, durante los años 70, las compras externas de alimentos crecieron enormemente; así también las adquisiciones de insumos y equipo para la agricultura. En gran medida fue en base a estas prácticas que se pudo forjar un modelo de producción que enfatizaba el cambio técnico y privilegiaba las producciones forrajeras. La ruptura con el perfil importador previo, alteraría el comportamiento agrícola de los años 80.

Las importaciones alimentarias se redujeron en forma diferencial para las distintas regiones del subcontinente. La disminución más pronunciada ocurrió en los países sureños, en donde fue equivalente al 14% al año, seguida por los países centroamericanos y los andinos y finalmente los caribeños. México tendría un comportamiento errático, con fuertes reducciones y alzas súbitas en el transcurso de la década. (Rello, 1989:32). En distintos países se observaron intentos por constituir internamente una oferta de alimentos antes importados, como el trigo y el maíz. Este acercamiento a la autosuficiencia alimentaria fue observado con mayor o menor éxito en países como Brasil, Chile y México. Cabe agregar aún que mucho del éxito logrado en la política de restringir importaciones, se debió, conjuntamente con los esfuerzos por substituir productos externos, a una disminución en la capacidad de consumo alimentario de la población, en consecuencia del deterioro en sus condiciones de vida. La demanda de alimentos, que en los años 70 había crecido en un 3% o 4%, bajaría a principios de la década actual al 1.9%. (FAO, 1988b:50).

Por otro lado, la importación de equipo e insumos se vería bruscamente frenada ante la nueva condición cambiaría. Fuertes retrocesos en la compra externa de equipo, fertilizantes y pesticidas se registrarían para los países latinoamericanos. Ello afectaría también a las industrias locales dedicadas a la producción de estos bienes, dada su dependencia con respecto a materias primas externas. Aquí, a diferencia de los alimentos, era difícil promover la sustitución de importaciones, debido a las carencias internas de materiales básicos y tecnología. Además la estrategia neo-liberal emprendida por algunos países provocaría fuertes dificultades para las empresas proveedoras, acostumbradas a un alto grado de protección y mercados cautivos.

## 9. Los desafíos al cambio técnico

En los años 80 tendía lugar un inesperado retroceso en los niveles de industrialización del agro latinoamericano. Los indicadores nos hablan de un fuerte descenso en el ritmo de crecimiento de la mecanización, bajando el uso de tractores del 9.5% al 2.8% anual entre 1981 y 1986.

Si exceptuamos el caso brasileño, que acusa un ascenso, el cuadro latinoamericano es de estancamiento. En cuanto a fertilizantes, después de un fuerte crecimiento en el decenio anterior, su consumo se reduce de 7,484,795 a 5,701,733 toneladas entre 1980 y 1985. El uso de pesticidas tiende también a disminuir exceptuándose Chile y Argentina.

(CEPAL, 1988:658). Con respecto al uso de semillas mejoradas, éste decae de igual forma, más cuando desde los últimos años se observaba la tendencia al desplazamiento de variedades internas por líneas importadas de rápida adaptabilidad. Ante la incapacidad por importar, muchos productores tienden a volver al uso de las semillas criollas tradicionales. El único factor de producción que bajó su costo fue la mano de obra, favoreciendo aquellos cultivos menos mecanizados y más intensivos en el uso de este recurso. En un contexto de pauperización creciente y de desvalorización salarial, los cultivos que absorben mayores cantidades de trabajo tienden a poseer ventajas en términos de costos con respecto a los más tecnificados. Ello tendría vigencia en el nuevo encuadre productivo del campo latinoamericano en contraste con lo ocurrido en la década anterior, cuando los subsidios a la mecanización harían de la maquinaria un recurso menos costoso que la fuerza de trabajo. El auge chileno en la producción de fruta en los años 80 debería gran parte de su éxito a este elemento.

Las restricciones para importar y el elevado coeficiente de dependencia tecnológica en el rubro de insumos y equipo enfrentarían al sector a una fuerte regresión. De otra parte, la cancelación del subsidio y la reducción de recursos crediticios constituirían factores igualmente determinantes en la explicación de este proceso involutivo. Ello se hace particularmente notorio en aquellos países con niveles de autoabasto más elevados en donde la anulación del subsidio produciría casi automáticamente un estancamiento en las compras de equipo. En lo relativo a los insumos, como fertilizantes, pesticidas y semillas, la mayor parte de los países carecía de los componentes primarios para su elaboración. En este caso las restricciones a su consumo procedían de ambos factores.

#### 10. ¿Regresiones en el modelo productivo?

La situación de regresión en los índices de industrialización del proceso productivo produciría fuertes impactos sobre la estructura de cultivos, tendiendo a reducir la importancia de los más tecnificados y abrir ciertos espacios a aquellos de menor composición orgánica. Los plantíos forrajeros no desaparecerían, pero sobre todo en los últimos años reducirían sus espacios. En cambio, el trigo volvería a ser cultivado, junto con otros cultivos básicos marginados en la década anterior. Así es como se incrementa la oferta de cereales, legumbres, raíces y tubérculos en los años 80, tendiendo a reflejar una recuperación de aquellos alimentos nativos de antiguo arraigo en la región. (López Cordovez, 1987:20). El trigo incrementaría su producción en aproximadamente 65% entre 1980 y 1987, reduciéndose bruscamente las importaciones. Brasil, el mayor importador de la región, incrementaría su producto en 3 millones de toneladas durante el período señalado, reduciéndose el valor importado de 900 millones de dólares a 248 millones. (Resende, 1988:47). La producción mexicana prácticamente se duplicaría entre 1980 y 1985, pasando de 2,785 mil a 5,207 mil toneladas, para después registrar un descenso. En Chile entre 1982 y 1987 la producción crecería en 200%, alcanzándose la autosuficiencia. (CEPAL, 1988:656).

Con respecto a las producciones forrajeras, enfrentarían obstáculos de distinto orden: de una parte los altos costos de los insumos y el retiro de los subsidios; de otra, el impacto del descenso en los precios internacionales y las restricciones del mercado interno. La fuerte desvalorización salarial en todos los países de la región llevaría a un notorio deterioro en la capacidad de consumo alimentario de la población, afectando ahora también a sectores empobrecidos de las clases medias. De ello resultaron fuertes ajustes en las dietas, desfavoreciendo aquellos componentes de mayor costo, como la carne. Esta tendencia se haría notoria desde principios de la década, llevando al sector ganadero a disminuir existencias a partir de 1980. Así el rebaño vacuno registraría una mínima tasa de crecimiento del 0.4% entre 1982 y 1987, tendiendo a estancarse en los últimos años. Por lo general, los ganaderos de la región buscaron disminuir sus

inventarios, ante el desfavorable comportamiento del mercado, convirtiendo sus activos en inversiones financieras, que en este momento generaban altas tasas de interés. Con respecto a la producción de pollos, después de un fuerte crecimiento del orden del 7.5% anual en los años 70 entre 1980 y 1987, éste descendería al 3.8% anual. Sin embargo, si consideramos el período 1985 y 1987, el cuadro sería de estancamiento, con un movimiento de tan sólo el 0.1% anual. (FAO, 1988a:251). Las producciones derivadas tendrían una mayor receptividad, como la leche, debido al subsidio, y el huevo, que crecería en 3.7%. (López Cordovez, 1987:20).

Esta nueva situación produciría efectos sobre todos los ejes de la cadena agroalimentaria vinculada con la producción cárnica -sobre todo aquella derivada del ganado menor- afectando de igual manera su primer eslabón, las materias primas agrícolas. Así es como son afectadas negativamente las producciones de sorgo y soya, golpeadas también por la difícil coyuntura internacional. En el primer caso, las pérdidas son mayores, reduciéndose la producción de casi 15 millones de toneladas en 1981 a 10,536 mil en 1987. Con respecto a la soya, el crecimiento se da hasta 1985, sobre todo por la participación brasileña: sin embargo al año siguiente su pérdida sería equivalente a 5 millones de toneladas. (CEPAL, 1988:630-632).

El panorama reseñado nos indica que en virtud de la crisis, la región tiende a transitar por senderos agrícolas distintos, en los cuales repuntan los cultivos nativos y los cereales, a la vez que los forrajeros se estacan o declinan. Así también el descenso en las existencias ganaderas nos sugiere una importante relativización del tipo de producción y consumo alentado durante la década anterior.

Junto con estos cambios, también se reconocen fenómenos que si bien no pueden generalizarse, merecen nuestra atención. Estos se refieren a una relativa reconquista de espacios para la agricultura de pequeños productores, vinculada con la producción de básicos y escasamente tecnificada. Ante una caída tendencial de la rentabilidad agrícola en los últimos años, retoma en parte su lugar una agricultura de bajos costos, que a su vez exige pocos recursos externos para su reproducción y desarrollo.

Los desarrollos futuros de la agricultura regional son imprevisibles. Nuestro análisis sugiere, sin embargo, escasa viabilidad para un modelo agrícola que demanda elevados recursos y mercados en ascenso, como lo ocurrido en los años 70. Todo indica que los consumos internos volverán una vez más a ser un móvil importante para la producción agrícola latinoamericana en los próximos años.

#### CITAS:

[\*] Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Departamento de Sociología. Autora de los libros Estado y sector rural en México: 1976-1982, Cuadernos Universitarios No. 31, UAM-I, 1985 y Estado y campo: Echeverría frente a la crisis, Cuadernos Universitarios, No. 53, UAM-I, 1989.

#### BIBLIOGRAFIA:

Arroyo G. et. al (1985). Agricultura y alimentos en América latina: el poder de las transnacionales, UNAM, México.

Brignol Méndes, R. (1987). "El sector rural en el contexto socioeconómico de Brasil", Revista de la CEPAL, diciembre, No. 33, pp. 43-64, Naciones Unidas, Santiago de Chile.

Castell, J. y Rello, F. (1977). "Las desventuras de un proyecto agrario: 1970-1976", Investigación económica, julio-septiembre, Vol. XXXVI, No. 3, pp 131-155, Fac. Economía, UNAM, México.

CEPAL (1988). Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe, Naciones Unidas, Santiago de Chile.

CEPAL (1989). "Ronda de Uruguay. Hacia una posición latinoamericana sobre los productos agrícolas", Comercio Exterior; junio, Vol. 39, No. 6, 458-484, Banco Nacional de Comercio Exterior, México.

Delgado, G. da Costa. (1985). Capital financeiro e agricultura no Brasil. 1986-1980, UNICAMP/ICONE, São Paulo.

FAO (1982) Anuario de Comercio, Roma.

FAO (1983) Anuario de Comercio, Roma.

FAO (1984) Anuario de Comercio, Roma.

FAO (1987) Anuario de Comercio, Roma.

FAO (1982) Anuario de Comercio, Roma.

FAO (1988 a) Anuario de Comercio, Roma.

FAO (1988 b) Potencialidades del desarrollo agrícola y rural en América Latina y el Caribe, ANEXO I, Roma.

Feder, E. (1976). "La pequeña revolución verde de Mac Namara. El proyecto del Banco Mundial para la eliminación del campesinado en el Tercer Mundo", Comercio Exterior, julio, Vol. 26, No. 7, pp. 796-803, Banco nacional de Comercio Exterior, México.

Fritscher, M. (1987). "Modernización y crisis en la agricultura latinoamericana: los casos de Brasil y México", Cuadernos de Estudio, No. 4, Programa de Posgraduação em Sociologia, UFRGS, Porto Alegre.

Gómez, S. y Echenique, J. (1988). La agricultura chilena: dos caras de la modernización, FLACSO, Santiago de Chile.

López Cordovez, L. (1987). "Crisis, políticas de ajuste y agricultura", Revista de la CEPAL, diciembre, No. 33, 7-30, Naciones Unidas, Santiago de Chile.

Miller de Pavia, R. (1969). "Reflexões sobre as tendências da produtividade e dos Precos Agrícolas no Brasil", Caio Prado Jr et. al. Agricultura subdesenvolvida, Ed. Vozes, Rio de Janeiro, pp. 167-203.

Rello F. (1989). Ajuste macroeconómico y política agrícola en México, Documento Inédito.

Resende, G. (1988). Crise Externa e Agricultura: Brasil años 80, ed. FASE, Río de Janeiro.

Sábato, J. (1986). La Pampa pródiga, claves de una frustración, CICEA, Buenos Aires.